LA SOLEDAD

No sabía cómo se llamaba. Podía haberlo leído fácilmente en su buzón, ya que sabía exactamente cuál era el suyo aunque nos conociésemos solo de vista. Al fin y al cabo, vivíamos puerta con puerta en el pasillo derecho de la cuarta planta. Solíamos coincidir en la entrada del edificio cuando llegábamos del trabajo, pasado el mediodía: ambas con las gafas de sol puestas, pero sin poder ocultar el cansancio y las ojeras que el más que probable insomnio, ese que te hace ver los acontecimientos del día como a través de una pantalla de televisor -con distancia y a veces fastidio-, nos provocaba a la una y otra. Un mismo ceño fruncido nos espesaba el gesto como a hermanas tristemente gemelas.

Ambas procurábamos no montarnos con nadie en el ascensor, demorándonos al mismo tiempo mientras abríamos respectivamente los mencionados buzones, con aire distraído, al ver a alguien que se dispusiera a tomarlo. Eso hacía que, más de una vez, nos viéramos obligadas a acabar cogiéndolo juntas. En el trayecto no nos dirigíamos la mirada ni la palabra. Nos limitábamos a contemplar obstinadamente el techo, extrañamente impoluto, o bien el cartelito de letras despintadas que avisaba del número de personas y peso permitidos a fin de que la subida o la bajada no acabaran en catástrofe. Sí es cierto que ella, antes de bajarnos en la misma planta, se daba la vuelta para echarse un rápido vistazo en el espejo. A mí nunca se me apetecía hacerlo. No me gustaban los espejos; ni siquiera de adolescente cuando iba a dar una vuelta con las amigas. Por las mañanas, en el baño, me miraba lo justo para no salir a la calle con peor cara de la que me correspondía.

No sé por qué, decidí que se llamaría *Daniela*. Es un nombre que no me gustaba especialmente, pero pensaba que *le sentaba* bien. No había realmente muchas posibilidades de que se llamara así, pero creo que se adecuaba a la idea que yo tenía de una mujer con ese nombre. El caso es que quizá *Daniela* me recordara al cantante preferido de mi madre de cuando era joven, o tal vez a un personaje de serie de televisión de su más tierna niñez, esa niñez que aún se agazapaba en los ojos azules de mi madre, los que yo no he heredado, pero que nunca he dejado de envidiar.

Poco antes de la primavera llegaron los días de la “permanencia en casa”. Prefería llamar así a aquella situación durante la que todo cambió y tras la cual ya nada fue igual. Si con anterioridad era escasa mi relación con los vecinos del edificio, durante aquellas semanas se redujo al mínimo. Por mi parte, salía lo justo, al supermercado o a la farmacia. Raramente coincidía con alguien en el pasillo o en el vestíbulo.

Me levantaba temprano, pero no tanto como antes: me ahorraba el tiempo del trayecto en autobús. La mañana transcurría ante el ordenador en ropa de casa, trabajando con los pagos de la empresa, pero sin apenas contacto con el resto de mis compañeros; solo alguna videoconferencia en la que no se mencionaba el estado familiar o doméstico de nadie: encuentros fríos donde la mayoría

parecía tener la cabeza en otro sitio. Los saludos y las despedidas eran pura fórmula de cortesía, de una calidez falsa y oportunista.

Mis sobremesas se limitaban a contemplar series como se contempla el paisaje de un cuadro. Con frecuencia perdía el hilo, si bien me distraían un poco sirviéndome a veces de inopinado somnífero. Me parecía extraño ver cómo los personajes se desenvolvían en los bares, andaban tan tranquilos por la calle, o iban a visitar a su madre, que les hacía café, fuera la hora que fuera, y luego charlaba tranquilamente con ellos mientras les estrechaba la mano con una sonrisa.

Parecía que iba a haber tiempo para todo, ya que el sueño no me vencía hasta muy tarde por la noche. Me puse a escribir la que pensaba podría ser “la novela de mi vida”. Siempre me gustó escribir, pero nadie lo sabía. Creo que nunca tuve la suficiente confianza con nadie para confesárselo. Un martes, pasada las dos de la madrugada, me quedé atorada con el verbo “granjear”... Me vinieron a la cabeza las palabras *grajo*, *granja*... Le di tantas vueltas que acabé mareada. No sé por qué, cuando nos ponemos a escribir, nos empecinamos en querer hacerlo utilizando unos términos que no se nos ocurría usar cuando hablamos con la gente. La situación no favorecía mi necesaria concentración...

Durante *aquellos días*, cuando ambas salíamos al balcón todas las tardes a la misma hora, *Daniela* parecía querer decirme algo con sus tristes ojos verdes; yo también, la verdad, sin embargo, casi a la vez, acabábamos cada una entrando en su salón, tragadas por un espacio donde -conjeturaba- el ordenador ocupaba un lugar preeminente, junto al móvil y la botella de agua, convertidos los dos primeros en ventanas al exterior más reales que aquellas por las que entraba la luz del sol cada mañana.

Un sábado por la mañana, nos cruzamos *Daniela* y yo cuando ella volvía y yo iba al supermercado. Cabizbaja, suspiraba bajo la mascarilla. Estuve a punto de hablarle, pero no me decidí. Sin embargo, me di la vuelta a los pocos metros. Ella había hecho lo mismo. Después de unos segundos mirándonos, continuamos camino por el interminable pasillo de la cuarta planta.

En los últimos años mi núcleo social se había reducido bastante. Recordaba con frecuencia las palabras de mi padre: “No debe uno dejar que crezca la hierba en el camino que va a casa del amigo...” Era extraño porque en verdad él nunca me pareció un hombre de muchas amistades. No sé. Quizá precisamente lo decía por haber perdido por pereza o displicencia a las que tuvo alguna vez.

Ahora, pasado todo, *Daniela* y yo seguimos coincidiendo en la entrada y demorándonos en el buzón a la vuelta del trabajo. Nuestra vida ha vuelto a *su* -relativa- normalidad. Seguimos sin saludarnos y continuamos mirando al techo del ascensor cuando nos montamos juntas; si bien, a veces, me parece distinguir una ligera sonrisa en sus labios...

Tomás Sánchez Rubio
Segundo Premio de Relato Breve
VI Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*